



3. EL CARIBE PRECOLOMBINO DESDE LA PERSPECTIVA VENEZOLANA

Mayke De Freitas Santos¹

RESUMEN

La arqueología del Caribe insular ha presenciado un crecimiento importante en los últimos cincuenta años gracias a la labor de pioneros, pero también al desarrollo de equipos locales en los países de la región. Sin embargo, el Caribe entró relativamente tarde al contexto de la arqueología de América del Sur debido a que la región fue interpretada como una difusión cultural al margen. Como consecuencia, existen vacíos de información que aún no han sido del todo resueltos. El legado del colonialismo en la región ha creado barreras culturales y lingüísticas que incrementan la dificultad entre equipos locales de colaborar y la carga administrativa de proyectos multinacionales. Muchas veces la investigación local es marginalizada por la falta de impacto de sus publicaciones, lo cual es palpable en la literatura en Español. Una serie de definiciones del Caribe como región, que son el resultado de varias disciplinas, hace aún más difícil el trabajo de definir el Caribe y sus bordes. Como resultado, existe una fragmentación de la investigación arqueológica en la región, y una predilección de equipos foráneos por enfocarse en zonas que tradicionalmente se alinean con sus centros administrativos. Uno de los casos más palpables son los de Venezuela y la isla de Trinidad, las cuales han sido continuamente desestimadas como el origen de las migraciones de tierra firme hacia en Caribe al interpretar los datos disponibles de una manera restrictiva. El trabajo también hace un análisis crítico de tres artículos científicos de reciente data que interpretan el ADN antiguo extraído de varios contextos arqueológicos para proponer nuevas hipótesis del poblamiento del Caribe, argumentando que dichos trabajos carecen de mayor contexto local y desconocen el rico acervo arqueológico de Venezuela tanto en colecciones nacionales como en el extranjero. Finalmente, algunas propuestas para futuras líneas de investigación son ofrecidas a manera de corolario.

ABSTRACT

The archaeology of the insular Caribbean has witnessed significant growth in the last fifty years thanks to the work of some pioneers, but also to the development of local teams in the countries of the region. As a region, the Caribbean is a late comer to the archaeology of South America, because it was interpreted as one of marginal cultural diffusion. Consequently, there are many information gaps that have not yet been fully resolved. The legacy of colonialism in the region has created cultural and linguistic barriers that have increased the difficulty for local teams to collaborate and the administrative burden of multinational projects. Local research is marginalized due to the poor impact of regional and national publications, which is tangible, specifically, in scholarship written in Spanish. A series of technical and narrowed definitions of the Caribbean, which are the result of various perspectives from different disciplines, make the defining of the Caribbean a challenging task. As a result, archaeological research in the region is fragmented, and skewed towards regional areas favoured by foreign researchers who prefer to work within their national area of influence. One of the most palpable cases are those of Venezuela and the island of Trinidad, which have been continually dismissed as the origin of migrations from the mainland to the Caribbean by interpreting the available data in a

1. Greenwich House, Madingley Rise, Cambridge CB3 0TX, maykef@gmail.com

restrictive manner. This work also makes a critical review of three recent scientific articles that interpret ancient DNA extracted from various archaeological contexts to propose new hypotheses of the settlement of the Caribbean, arguing that these works lack greater local context and ignore the rich archaeological heritage of Venezuela, both in national and foreign collections. Finally, some proposals for future lines of research are offered as a corollary.

INTRODUCCIÓN

Hasta tiempos relativamente recientes, el estudio de la arqueología en las Américas se concentraba casi que exclusivamente en torno a las migraciones beringianas, la cultura Clovis y, por supuesto, las grandes civilizaciones mesoamericanas y andinas. Comparado con este paisaje de fondo, el Caribe era una región marginal; destino predilecto de coleccionistas y cazadores de tesoros. Descuidada por aquellos que lo consideraban parte de un fenómeno de difusión marginal, la región fue objeto de muy poco trabajo arqueológico hasta principios de los 1950s. Como consecuencia, una gran cantidad de temas arqueológicos intrínsecos al Caribe han permanecido obstinadamente opacados por mitos y distorsiones culturales. Esto último está clásicamente representado por el carácter casi mítico de los *Caribes* en la memoria popular; la dificultad para interpretar el récord arqueológico de la región debido a la enigmática intermitencia de algunos estilos cerámicos en los estratos de muchas excavaciones arqueológicas; la proliferación, quizás un poco desorganizada, de artículos académicos sobre ADN antiguo (aDNA por sus siglas en inglés) o ADN mitocondrial (mDNA por sus siglas en inglés) que intentan incorporar esta técnica en las herramientas de los arqueólogos del Caribe (Callaway, 2018), y el impacto de todo lo anterior en las teorías de las migraciones humanas y el poblamiento de las islas caribeñas.

El legado del colonialismo también ha jugado un papel preponderante en las diferentes etapas de desarrollo de la arqueología en el Caribe. La región fue durante muchos siglos un campo de batalla entre las potencias europeas que compitieron por la adquisición de nuevos territorios, y por ejercer una mayor influencia cultural entre las poblaciones de criollos e indígenas tanto a través del comercio, como también a través del uso directo de la fuerza. El legado de dicho período es una región

severamente fragmentada por fronteras lingüísticas y culturales.

Como consecuencia directa de todo lo anterior, el desarrollo de la arqueología en el Caribe no sólo muestra diferentes influencias (española, británica, francesa, norteamericana), sino también metodologías y prioridades que, junto con las barreras del lenguaje, hacen que la colaboración regional y/o interdisciplinaria sea difícil. Este problema a veces se ve agravado por la escasa presencia en la literatura predominante de lo que podría llamarse la “arqueología parroquial”, es decir, las contribuciones de los equipos locales, pobremente financiados y subestimados, que permanecen enterradas en publicaciones y boletines locales o regionales, o en revistas o libros de muy poca circulación. Esto es particularmente palpable en el Caribe de habla hispana.

Este ensayo es un esbozo de los problemas que, desde el punto de vista venezolano, han hecho de la colaboración y armonización entre equipos nacionales un asunto bastante complejo en el contexto de la arqueología caribeña. También es un intento de exploración crítica de las hipótesis más recientes que se han planteado para explicar el poblamiento de las islas del Caribe, su cronología y las evidencias en las que se basan. Por último, y a modo de observaciones finales, el ensayo destaca y elogia algunas de estas investigaciones y propone varias direcciones que podrían ayudar a aclarar algunas de las lagunas de conocimiento que aún persisten.

EL CARIBE: EL TODO ANTES Y MÁS QUE LAS PARTES

Uno de los aspectos más llamativos de los estudios arqueológicos del Caribe es la amplia y variada nomenclatura que se utiliza para nombrar sus diferentes sectores, dependiendo de la disciplina. En

consecuencia, el área se divide en Antillas Mayores y Menores, y éstas últimas, a su vez, en las Antillas de Sotavento (Aruba, Bonaire, Curazao y todas las islas venezolanas), las Islas de Barlovento (Granada – Martinica) y las Islas de Sotavento (Dominica – Islas Vírgenes). Las Bahamas y las Islas Turcas y Caicos se encuentran más al norte, separadas de cualquiera de las nomenclaturas anteriores ya que están ubicadas, técnicamente, en el Océano Atlántico. En un sentido más amplio, el circuncaribe puede interpretarse como la suma de todos los archipiélagos, cadenas de islas, atolones, cayos y rocas ubicadas entre las penínsulas de Florida y Yucatán, y la costa norte de América del Sur. La división, por supuesto, no acaba ahí. Políticamente hablando, los británicos, holandeses y franceses siguen representados en el Caribe por medio de la soberanía directa, o por un arreglo laxo de autonomía y/o independencia nominal para varias entidades políticas, sin dejar de ser parte del Reino o la República (Girvan, 2001).

El área también puede estar representada en diferentes subregiones; las regiones Sur, Este, Bahamas, Oeste y Sudoeste, las Antillas Mayores y Florida (Burke y Maidens, 2004). Además, los británicos y la mayoría de los académicos anglófilos todavía llaman a la región, de una manera algo anticuada, las Indias Occidentales (West Indies). También tenemos el Caribe Insular (sólo las islas), y el Gran Caribe/Circuncaribe (toda la cuenca). Desde un punto de vista geológico, la placa del Caribe, que se mueve hacia el este a unos 22 mm por año en relación con la placa sudamericana (Wang et al., 2019), también se usa como límite para la región; sin embargo, Cuba y las Bahamas se encuentran fuera de ella.

Como podemos ver, desde un punto de vista técnico, definir el Caribe no es una tarea sencilla, ya que usar términos como West Indies o Indias Occidentales, Caribe Insular, Gran Caribe o simplemente El Caribe, significan cosas diferentes para diferentes profesionales, y dependiendo del contexto, es decir, biología, geología, oceanografía, etc., ciertas características o accidentes geográficos son incluidos (Hedges et al., 2019). Este fenómeno no es exclusivo de la arqueología del Caribe, ya que ha sido reportado también en el caso de la arqueología del Amazonas (Whitehead, 1996).

VENEZUELA Y TRINIDAD EN EL CONTEXTO CARIBEÑO

No es de sorprenderse entonces que la arbitraria situación antes descrita se refleje también en las disciplinas de la arqueología, la antropología y la etnología. La tarea de definir el Caribe utilizando la nomenclatura o metodología que acabamos de describir se convierte en un esfuerzo problemático, como lo demuestran una colección de artículos de las últimas décadas sobre arqueología caribeña (Callaghan, 1999; Keegan et al., 2013; Fitzpatrick, 2013a, 2015; Napolitano et al., 2019, entre otros). No hay sorpresas cuando nos damos cuenta de que, debido a que son parte de la masa continental o están muy cercana a ella, ni Venezuela ni Trinidad ocupen un lugar destacado dentro de las nuevas narrativas del poblamiento y la colonización del Caribe. El resultado de esta distorsión es que los datos arqueológicos tienden a estar sesgados hacia las Antillas Mayores (Waldron, 2021); como ejemplo de esto, Puerto Rico es constantemente referida como el origen de migraciones hacia el sur (Fitzpatrick et al., 2010; Fitzpatrick, 2013b), a pesar de que esto probablemente se deba a la falta de datos en las Islas de Barlovento, donde el trabajo arqueológico ha sido mínimo (Granberry, 2013; Fitzpatrick, 2013b). Cuando se refieren a las migraciones continentales hacia el Caribe, tanto Venezuela como Trinidad son diluidas dentro de la expresión “Norte de Suramérica”; frase que ha sido utilizada para dejar la puerta abierta a posibles migraciones hacia las Antillas que podrían haberse originado desde cualquier punto entre el Istmo de Panamá y las Guayanas, durante diferentes periodos históricos.

Uno de los mayores problemas con este tipo de enfoque es que no toma en cuenta el problema de la escasez de datos y cómo la misma puede interpretarse en infinidad de formas (Perreault, 2019). Este no es un problema exclusivo de la arqueología del Caribe; por el contrario, se podría decir que es el mayor problema que enfrenta la arqueología de las tierras bajas de la América del Sur, un área vasta que abarca las cuencas del Amazonas y el Orinoco, las Guayanas (que de ahora en adelante simplemente llamaremos Amazonía) y, por extensión, el Caribe, y que ha sido un campo de batalla teórico entre difusionistas, ambientalistas,

deterministas, posibilistas culturales y una larga lista de matices intermedios (Navarrete, 2008; Linares, 1981; Roosevelt, 1980). El hecho de que existan tantas teorías sobre el desarrollo de las sociedades en la Amazonía puede verse como el resultado directo del relativo escaso registro arqueológico de esta vasta región, el cual felizmente ha ido creciendo significativamente en las últimas décadas (Neves, 2022), la poca confianza que se le otorga a varias fechas derivadas de la técnica del radiocarbono, y una estratigrafía compleja en infinidad de sitios.

El segundo problema es que al desestimar la evidencia de Venezuela y Trinidad, le resta importancia al origen continental de todas las migraciones conocidas, distanciándose de las cuestiones fundamentales que afectan el debate sobre el poblamiento del Caribe. Con la excepción del período Paleoindio, cuatro migraciones continentales sucesivas, que muy probablemente se originaron en Venezuela, conforman la columna vertebral de los pueblos precolombinos del Caribe: **1)** un primer movimiento precerámico o arcaico conocido como Ortoroide, ocurrido entre el 2000 y el 400 AC; **2)** un segundo movimiento Saladoide (Proto-Arahuaco) entre 400 – 200 AC, posiblemente originados en el Bajo y Medio Orinoco; **3)** un tercer movimiento Barrancoide (Maipuran-Arahuaco) en el 200 AC – 500 AD, también posiblemente ubicado en el Medio Orinoco (Vargas 1981b); y **4)** un movimiento Arauquinoide (Proto-Caribe) que comenzó alrededor del año 500 AD, detectado originalmente en la confluencia entre los ríos Apure y Orinoco. Esta última quizás haya formado parte no de una, sino varias oleadas que pudieron haberse originado en el Macizo Guayanés, de la cual Arauquín sólo representa un desarrollo independiente más. Ninguno de los grupos mencionados se originó en el Orinoco y debieron provenir de otros lugares. Meggers (1971), Sanoja y Vargas (1974) favorecen una conexión andina, donde la cerámica se desarrolló en una época más temprana, mientras que Lathrap (1970) propone un origen amazónico para estos grupos humanos. La oleada Arauquinoide es aún más enigmática, con una distribución espacio temporal similar a un horizonte (Roosevelt, 1980), cuyo único indicio de origen es el norte de la Amazonía, posiblemente en las tierras altas del Macizo Guayanés (Lathrap, 1970), y con atributos etnográficos

específicos que hacen aún más complicada la tarea arqueológica de definir su origen (Lathrap, 1970; Hoff, 1994, Zucchi y Gasson, 2002). Para minimizar esta desconexión, sería importante intentar relacionar los avances en la arqueología amazónica – en Venezuela, las Guayanas y Brasil – con los del Caribe. Muchas publicaciones sobre arqueología del Caribe parecen estar totalmente desconectadas del continente, lo que se agrava no sólo por lo anterior sino también por la falta de una macro-teoría del desarrollo de las sociedades humanas en la Amazonia. La elaboración de dicha teoría recayó en el pasado en los hombros de Meggers, Evans y Lathrap, y de manera más tímida en Rouse; sin embargo, el énfasis de estos autores en marcos teóricos excesivamente rígidos, junto con la poca densidad de sitios arqueológicos y de estudios regionales que pudieran aclarar muchas de las incongruencias, significó que dichos trabajos hayan permanecido inacabados y a la espera de una actualización.

Sin embargo, uno de los aspectos positivos de las teorías desarrolladas por los autores antes mencionados es que los límites geográficos que propusieron han resistido la prueba del tiempo. Ahí el siguiente problema; al centrarse exclusivamente en el Caribe insular, los arqueólogos de esta región muestran poca consideración por conceptos bien establecidos que no han sido superados por nuevas evidencias. El trabajo seminal de Meggers y Evans (1983) (*Lowland South America and the Antilles*) agrupa el continente sudamericano en tres subregiones principales basadas en la topografía, el clima y la vegetación. Una de estas subregiones es Venezuela y las Antillas. Los autores no vieron la necesidad de separar esta subregión en islas y “Tierra Firme”, pues las similitudes entre la costa de Venezuela y las Antillas Mayores y Menores son simplemente demasiado obvias (Meggers y Evans, 1983). Rouse (1964) llegó a conclusiones similares al agrupar el centro y el oriente de Venezuela, el Orinoco y las Antillas en una única área cultural en su “Prehistory of the West Indies”. Mario Sanoja, uno de los arqueólogos venezolanos más prolíficos de la segunda mitad del siglo XX, argumentó que “cualquier discusión sobre el desarrollo de la cultura en el Caribe debe referirse en última instancia a Venezuela... generalmente considerada como la

principal fuente de movimientos poblacionales y culturales hacia las islas” (Sanoja, 1965). Esta presunción no ha cambiado significativamente en los últimos casi sesenta años.

Ya para finalizar esta parte de nuestra crítica inicial sobre la fragmentación del Caribe en términos teóricos, metodológicos y limítrofes, podría decirse que aislar a la isla de Trinidad debido a su cercanía con “Tierra Firme” es aún más problemático porque, a menos que se encuentre evidencia final e irrefutable, Trinidad sigue siendo, y por mucho, el más probable punto de salida de los tres movimientos migratorios discutidos anteriormente. Las cuatro series, Ortoroide, Saladoide, Barrancoide y Arauquinoide, se encuentran tanto en Venezuela como en Trinidad. Los estilos cerámicos distribuidos en la Península de Paria y Trinidad, como Palo Seco – Irapa (Saladoide) y Guayabita – Bontour (Arauquinoide) requieren agruparse en estilos únicos ya que no existen grandes diferencias entre ellos, lo que indica una ocupación continua tanto de la Península de Paria como de la Isla Trinidad. Esto podría haber incluido el conocimiento de territorios insulares más allá de las costas continentales. A pesar de las sucesivas descripciones de Trinidad como un apéndice de *Tierra Firme* y la insistencia de que no puede clasificarse como parte de las Antillas Menores porque posiblemente los humanos migraron a ella a través de un puente terrestre, Trinidad ha sido una isla como tal durante al menos 12 mil años, rodeada por mares que requieren habilidades y conocimiento local para navegar. Este hecho debe ser considerado al momento de evaluar las hipótesis de colonización o migración en el Caribe.

LA HIPÓTESIS DE LA RUTA(S) DIRECTA(S)

Entre las teorías más recientes sobre las migraciones y el poblamiento del Caribe se destacan tres propuestas (Rouse, 1992; Callaghan, 1999, 2001, 2003; Fitzpatrick, 2010, 2013b). Ambas relevantes, pero que parecieran ser parte de una explicación simplificada de un fenómeno bastante complejo y dependiente de un alto nivel de variabilidad a escala local. Por ejemplo, Callaghan (1999, 2001, 2003) argumenta que un paso directo entre el norte de Sudamérica y las Antillas Mayores era más probable

que la ruta tradicional de peldaños propuesta por Rouse (1992). Las sucesivas simulaciones de Callaghan cubrieron toda la costa venezolana desde el norte de Trinidad hasta la península de Perijá en Colombia. De los artículos de Callaghan se desprenden las siguientes observaciones.

Los datos utilizados en las simulaciones son de poca resolución y por lo tanto no son representativos de las condiciones locales, dando una impresión demasiado simplista de lo que en realidad es un frente marítimo bastante complejo y heterogéneo. Aunque Callaghan (1999) menciona que el programa se ajustó utilizando datos sobre “frecuencias de vientos, corrientes, vendavales y huracanes, y condiciones del oleaje del mar” recopilados por la Marina de los EUA, no está claro el tipo de resolución de dicha data y cuán representativo sea de las condiciones de navegación a escala local. A esto hay que agregar que la simulación necesitó de información extra para poder simular las condiciones marítimas entre el 2400–1500 AP. El primer artículo de Callaghan (1999) es el único que muestra los resultados de las simulaciones utilizando mapas cuya resolución es muy baja, lo que nos lleva a pensar que la resolución original del análisis no permite inferir o simular las condiciones locales. El autor menciona en sucesivos trabajos (Callaghan, 2003) que los datos y las simulaciones se mejoraron mucho, pero los resultados no se muestran en forma de mapas o gráficos.

A modo de ejemplo, el área entre la Península de Paria, la isla de Trinidad y el Delta del Orinoco podría parecer de fácil navegación debido a las cortas distancias, particularmente entre Trinidad y Venezuela; sin embargo, y luego de la debida consideración, se sabe que el Golfo de Paria es una de las zonas de navegación más peligrosas en toda la región del Caribe. Esto es el resultado de tres fenómenos diferentes que interactúan entre sí en un área relativamente pequeña. Primero que todo, existe un sistema de surgencia (Southern Caribbean Upwelling System) que no sólo hace que las aguas sean más turbulentas, sino que también tiene un claro impacto sobre los recursos pelágicos de la región (Rueda-Roa y Muller-Karger, 2013; Gómez Gaspar, 1996). Luego tenemos la Corriente Ecuatorial del Atlántico Norte (NEC), también conocida como corriente de las Guayanas, que viaja

hacia el oeste a través de la costa atlántica de Brasil desde el estado de Rio Grande do Norte, atravesando toda la costa de las Guayanas y Venezuela en su camino hacia el Golfo de México (Van Andel, 1967: fig. 1). Finalmente, la descarga masiva de agua dulce tanto del Amazonas como del Orinoco (el primero es transportado a través de la plataforma continental por la CEN) tiene un profundo efecto en la fertilidad y turbidez del agua (Gómez Gaspar, 1996; Ercilla et al., 2002). Los dos puntos más cercanos entre la isla Trinidad y la Península de Paria (Boca del Dragón y Boca de la Serpiente) funcionan como puntos de estrangulamiento entre el Golfo de Paria y el Océano Atlántico en el sur y el Mar Caribe en el norte y tienen la reputación de causar peligrosos remolinos y turbulencias en el área. Navegar estas aguas turbias, turbulentas y rápidas, ya sea en canoas o en botes con motores, es un desafío serio que requiere de un substancial conocimiento local y de extrema habilidad de navegación. Sin embargo, debido a que Trinidad está al lado de la costa venezolana, algunos autores consideran que la navegación en esta zona es “simple” y descalifican a la misma como el posible origen o punto de partida de las migraciones continentales, ya que la isla “... debería ser considerada diferente a las otras islas del Caribe donde se requerían habilidades más avanzadas de orientación y navegación para poder colonizarlas” (Napolitano et al., 2019).

Las simulaciones utilizan datos de navegación y datos ambientales como los aportes principales para modelar una ruta hipotética directa hacia las Antillas Mayores. En cierto sentido, supone que todas las culturas amerindias que habitaban en América del Norte y del Sur tenían capacidades de navegación y marinería similares, o incluso la misma motivación o presiones ambientales para explorar sus alrededores. Esto ni siquiera es cierto para la costa venezolana, donde hay un claro registro arqueológico y genético que diferencia a las comunidades del oeste con las del este de Venezuela (Antczak et al., 2017). Es posible que estas sociedades del oriente de Venezuela desarrollaran patrones de explotación específicos a lo largo de la costa y las islas cercanas (Navarrete, 2008), explotando bivalvos específicos (importantes para la fabricación de herramientas) o peces pelágicos (particularmente abundantes en el este de

Venezuela). Este patrón ha sido estudiado y analizado en otros lugares del Caribe por Wing y Wing (2001) y Wing (2001), aunque se ha escrito poco o nada sobre la presencia y la abundancia de recursos pelágicos en los sitios arqueológicos en el este de Venezuela. El mismo Callaghan (2001) se refiere a la posibilidad de poder avistar a Trinidad, Granada y Tobago al mismo tiempo desde distintas posiciones en altamar cuando existen las condiciones de visibilidad idóneas. Dicha posición, o posiciones, podría haber sido alcanzada fácilmente desde varios puntos de partida en la Península de Paria o Trinidad. Uno de los intentos más recientes de simular la navegación en el Caribe (Slayton, 2018) ofrecen también una interpretación ligeramente distinta de la misma al incorporar un método de navegación isócrono en las variables. Una de las conclusiones más probables del trabajo de Slayton es que los viajes pudieron haber sido indirectos, es decir, aunque el paso directo es teóricamente posible, “los navegantes originales probablemente no preferían rutas directas o de menos costo. Los puntos de parada (en islotes o rancherías) probablemente jugaron un papel importante en el alivio del estrés físico y mental para la tripulación” (Slayton, 2018). Se puede argumentar que esto puede explicar la escasez de sitios arqueológicos en muchas islas de las Antillas Menores, que podrían haber sido utilizadas como puntos de parada o pernocta durante años, si no siglos. El último caso de estudio de Slayton (2018) que conecta al continente sudamericano con las Islas de Barlovento es de particular interés. Debido a las fuertes corrientes estacionales presentes en el área, una conexión entre el este de Brasil (Estado de Maranhão), las Guayanas y, finalmente, las Islas de Barlovento parece no sólo posible (Navarro, 2022), sino relativamente sencilla de alcanzar, ya que habría mantenido el contacto visual con la costa en todo momento hasta arribar al este de Trinidad (sitio probable de pernocta), para luego cruzar el estrecho entre Trinidad y Tobago, o quizás rodeando Tobago más hacia el norte, dependiendo de la temporada. Manteniendo esta trayectoria en línea recta y siguiendo la corriente los haría recalar en Granada o quizás un poco más al norte en las Granadinas. Las últimas herramientas de visualización de corrientes en la región como OSCAR (Ocean Surface Current

Analyses Real-time, por sus siglas en inglés) del Instituto de Investigación de la Tierra y el Espacio (Beccario, 2023) muestran que las corrientes en esta zona cambian constante y drásticamente durante el año. Rodar las simulaciones en diferentes temporadas del año arrojaría resultados completamente distintos a los reportados por Callaghan.

Hasta el año 2011, Callaghan era el único autor que había realizado simulaciones marítimas para el área del Caribe; las mismas fueron sucedidas por los estudios de Altes (2011), Slayton (2018) y Bérard y Biar (2021). Los artículos de Callaghan (1999, 2001, 2003) influenciaron a una cohorte de arqueólogos caribeños quienes desarrollaron una serie de nuevas hipótesis sobre el poblamiento de la región, entre ellas, la hipótesis de la ruta hacia el sur (Fitzpatrick, 2013b). Los artículos de Callaghan aún son ampliamente citados en la literatura arqueológica como prueba de que las rutas directas entre el continente y las Antillas Mayores eran posibles, a pesar de que el trabajo de este autor no ha sido replicado por nadie más y los pocos autores que han llevado a cabo trabajos similares han utilizado metodologías completamente diferentes.

LA HIPÓTESIS DE FITZPATRICK DE LA RUTA HACIA EL SUR

La idea detrás de la hipótesis de la ruta hacia el sur es que, debido a la escasez de sitios arqueológicos antiguos compatibles con las fechas de los estilos Saladoides y Barrancoide en las Antillas Menores de Barlovento, y su abundancia en Puerto Rico y las islas Vírgenes, la hipótesis propuesta por Rouse (1992) de usar las Antillas Menores como peldaños hasta las Antillas Mayores ha sido puesta en cuestión (Fitzpatrick, 2013b). La posibilidad de una ruta alternativa que de alguna manera pudiera explicar la incongruencia en los datos arqueológicos disponibles al sur del pasaje de Guadalupe fue turbocargada por las simulaciones de Callaghan. De pronto, gracias a estas simulaciones, para algunos arqueólogos era evidentemente claro que los migrantes continentales viajaron directamente desde el norte de Suramérica a Puerto Rico, asentándose en la isla durante cientos de años, para luego comenzar un patrón de

colonización inverso, desde las Antillas Mayores hacia el continente.

Antes de entrar en consideraciones sobre la hipótesis en sí, haremos un resumen de algunos de los problemas reportados por Fitzpatrick (2013b) y que lo llevaron a proponer la hipótesis de la ruta hacia el sur: **1)** falta de fechas de radiocarbono lo suficiente precisas y confiables, **2)** cronologías construidas sobre la base de fechas de radiocarbono poco confiables, y **3)** aceptación generalizada por entre una mayoría de arqueólogos de que estilos cerámicos únicos puede servir como una buena indicación de la edad del yacimiento, dentro de una ventana de tiempo restringida.

El primero lo podemos descartar como un problema con el trabajo de los pioneros de la arqueología del Caribe; estos arqueólogos trabajaron con la tecnología que tenían disponible y algunas de sus fechas de radiocarbono fueron calculadas con técnicas que hoy en día podrían ser consideradas como menos precisas. El segundo punto es claramente una extensión del primero. Sin embargo, el tercero es un problema importante, particularmente en el contexto arqueológico venezolano y de las Antillas debido a las dificultades para encontrar restos orgánicos en un clima tropical. En este sentido, los dos hallazgos principales en la estratigrafía son los objetos líticos y cerámicos, seguidos en un lejano tercer lugar por huesos, sean restos humanos o de animales. Este problema se ve agravado por las especificidades del trabajo que llevaron a cabo los padres de la arqueología venezolana y antillana: Irvine Rouse y José María Crucent. Es bien sabido que Rouse, cuando trabajaba en excavaciones arqueológicas, se centraba en los estilos cerámicos como una indicación de tiempo y patrones de migración (Drew, 2009), lo que significa que mucho del material que hoy en día se consideraría fundamental (huesos de animales, conchas, muestras de suelo, etc.), era abandonado en el sitio. Los huesos humanos eran sólo extraídos si se encontraban “contenidos en las unidades de excavación” (Drew, 2009).

El problema con el uso de estilos cerámicos exclusivamente como indicadores migratorios es que las cerámicas son un medio rígido que tienden a sobrevivir por un largo periodo de tiempo, en lo que Innis (1951) calificó como “time-biased”. Si las

migraciones o interacciones humanas ocurren simultáneamente en un corto período de tiempo en la misma área, es muy difícil que tales eventos sean capturados por el registro cerámico. La sucesión habitual entre los estilos cerámicos es en los cientos de años, por lo que, en algunos casos específicos, crean una falsa sensación de continuidad. Fitzpatrick y muchos otros arqueólogos claramente están formulando las preguntas correctas a uno de los problemas fundamentales en el registro arqueológico, con una excepción significativa: insisten en descartar la isla Trinidad debido a su cercanía con el continente y, por lo tanto, ignoran las fechas de ocupación mucho más tempranas que proporciona. Cuando Trinidad es tomada en consideración junto con el resto de las Antillas Menores de Barlovento, un patrón que ha sido desarrollado por otros autores, entre ellos Petersen (1997), comienza a tener mucho más sentido. Los primeros colonizadores parecen haber preferido el asentarse en aquellas islas que replicaban las condiciones ambientales de “Tierra Firme”. Estas tienden a ser las islas volcánicas con montañas, vegetación frondosa y lugares ideales para el asentamiento alejados de la costa. Trinidad fue la cuna de los primeros navegantes de canoa que se aventuraron al Caribe. La isla fue un lugar de reunión entre los grupos arcaicos que deambulaban por la costa venezolana, los ceramistas del Orinoco y los Caribe parlantes del norte de Amazonas. Trinidad es una isla con una gran masa territorial que la destaca cuando se le compara con otras de las Antillas Menores de Barlovento. Sus habitantes, todos de diferente procedencia, claramente favorecieron los suelos fértiles, el agua dulce y la fauna animal de Paria, el delta y Trinidad, y posiblemente lo proyectaron en sus primeras migraciones. Las islas más pequeñas y desérticas del grupo de las Antillas Menores de Barlovento podrían haberse utilizado simplemente como pernoctas y/o rancherías (sede para viajes de pesca más largos) como se mencionó anteriormente. A medida que pasaron los años, y tanto las Antillas Mayores como Menores de Barlovento se fueron poblando más densamente, una difusión norte-sur tanto de personas como de estilos cerámicos desarrollados en las islas podría explicar las fechas más recientes en las Antillas Menores de Barlovento y su estilo más “Antillano”. Es muy probable que esta imagen cambie a medida que se

realicen más trabajos arqueológicos en las Antillas Menores de Barlovento. A pesar de algunos esfuerzos de diferentes equipos científicos para respaldar la hipótesis de la migración hacia el sur mediante el uso de modelos bayesianos (Napolitano et al., 2019) o Distribución Ideal Libre (Hanna y Giovas, 2022), los estudios más recientes de ADN antiguo (Nägele et al., 2020; Fernandes et al., 2020) parecieran acumular evidencia en contra de esta hipótesis.

No se puede descartar la posibilidad de que diferentes grupos usaran y ocuparan diferentes islas, con base en los patrones de explotación de cada comunidad. Lamentablemente, el nexo entre las Antillas Menores y Margarita es el Archipiélago de Los Testigos, donde hasta el momento no se han realizado trabajos arqueológicos más allá de ciertas prospecciones.

LOS ESTUDIOS DE ADN Y SUS CONSECUENTES INTERPRETACIONES

En los últimos veinte años ha habido un aumento importante en los estudios de ADN antiguo (aDNA) que intentan establecer el origen de los primeros grupos humanos que poblaron las Antillas (Nägele et al., 2020; Schroeder et al., 2015; Schroeder et al., 2018; Fernandes et al., 2020; Nieves Colón et al., 2020). Si bien la mayoría de estos estudios son una importante adición a los datos arqueológicos ya existentes, su impacto ha sido relativamente modesto por dos razones que pueden explicarse de la siguiente manera. El primer problema es que a pesar de que se han recolectado muchos restos humanos de excavaciones en el Circuncaribe, estos objetos están dispersos en una enorme cantidad de instituciones regionales y foráneas y, hasta el momento, no existe un catálogo centralizado de estos restos. Los arqueólogos extranjeros que trabajan en el Caribe son recelosos de depositar artefactos en museos o instituciones locales o regionales debido a razones de preservación, acceso y permisos. Teniendo en cuenta sólo el caso venezolano, esto es un problema real que no solo afecta la arqueología, sino que es particularmente agudo en taxonomía de plantas y animales. Un arqueólogo o genetista que desee obtener buenas muestras para estudios comparativos

Tabla 1. Restos óseos hallados en el territorio venezolano en colecciones resguardadas por museos extranjeros (Estados Unidos de América, Europa), sitio arqueológico de procedencia, coleccionista, breve descripción de los restos humanos, y referencia en la literatura a dicha colección.

Colección	Sitio Arqueológico en Venezuela	Donante/ Excavador	Descripción/ Cantidad	Referencia(s)
Peabody Museum of Archaeology & Ethnology	La Cabrera	Alfred Kidder II 1933/1934	27 individuos	Duijvenbode et al., 2015 Duijvenbode, 2017 Este trabajo
	La Cabrera		4 individuos	
	San Mateo		2 individuos	
	Carache		1 individuo	
Yale Peabody Museum	Saladero, Barrancas, Monagas Venezuela	Irvine Rouse	Fragmentos de adultos (PA 278, 280, 281, 282)	Drew, 2009 Table 2 (p. 176)
			Adulto, hombre, mayor, parcial (PA 383, 384)	
			Hombre adulto, parcial; 1 juvenil, mandíbula (PA 385)	
Ethnologisches Museum Berlin	Varios en Valencia (La Mata, Camburito)	Alfredo Jahn	32 cráneos	Antczak, 1998 (p 32) Falci et al., 2017
Musée de L'Homme	Varios	Vicente Marcano	62 cráneos	Antczak, 1998 (p 32)
		Crevaux (n = 46)		Silva Y Soto-Heim, 2002
		Chaffanjon (n = 15)		
		Brett (n = 2)		
		Humboldt (N = 1)		
American Museum of Natural History	Venezuela (?)	Luis Gerónimo Martínez	40 (varios)	Este trabajo
	Coro	José Izquierdo		
	Maracaibo (Punta de Leiva)	Helen K. Hodson		
	La Mata (Maracay)	Rafael Requena		
	Maracaibo (Puertos de Altagra-cia)	Felix Warburg		
New York University (Anthropology Department)	Rápidos de Maipure, Orinoco	Desconocido	Cráneo y mandíbula	Este trabajo
National Museum of American History (Smithsonian)	La Hoyada, Venezuela (posible viejo acueducto de Maracaibo)	Edward H. Pluma-cher	Cráneos y algunos moldes craneales	
	Rio Zulia, Venezuela	Edward H. Pluma-cher	Cráneo con mandíbula	Este trabajo
	Aragua	Rafael Requena	Cráneo	
	La Cabrera	Universidad Johns Hopkins	Cráneo	
	Aragua (incierto)	Lewis Berkeley R. II	Cráneo con mandíbula	

del Caribe se enfrentará a un número creciente de obstáculos que son proporcionales al número de jurisdicciones incluidas en el estudio. En consecuencia, los investigadores de los Estados Unidos o Europa hacen el mejor uso de las colecciones que tienen disponibles en sus museos nacionales. Estas colecciones generalmente tienen una buena cobertura temporal y espacial, pero en muchos casos carecen de contexto e información de fondo. La mayor parte de los materiales en estas colecciones fueron colectados por los pioneros de la arqueología en el Caribe y el norte de América del Sur antes o durante la primera mitad del siglo XX; otras piezas fueron compradas o donadas a diferentes museos y tienen una procedencia variada. Un ejemplo de tales colecciones extranjeras de restos humanos venezolanos se muestra en la Tabla 1. Con respecto a las colecciones nacionales o regionales, en lo que respecta a Venezuela, cada vez se hace más difícil acceder a las mismas debido a la falta de personal, catálogos electrónicos y problemas para adquirir la necesaria permisosología. Muchos museos regionales se encuentran a punto de colapsar y en otros casos el destino de colecciones enteras es incierto (Meneses y Gordones, 2021).

El segundo problema por destacar es que algunos estudios genéticos tienen un déficit de información contextual y falta de familiaridad con la literatura y las condiciones locales. Esto es demostrable con algunos ejemplos. En “A genetic history of the pre-contact Caribbean” Fernandes et al. (2020) intentaron establecer conexiones entre los restos humanos de los antiguos habitantes de las Bahamas, Haití, República Dominicana, Puerto Rico, Curazao y Venezuela. A pesar de la minuciosidad y el alcance de este artículo, el uso de material de ADN antiguo de individuos enterrados en el cementerio de Las Locas en Lara, Venezuela, no ayuda al argumento general de este trabajo. La primera conclusión a la que llegaron Fernandes et al. (2020) es que los restos humanos de Las Locas tienen una filiación genética con tribus de filiación lingüística chibcha, lo cual es totalmente consistente con las interpretaciones clásicas que establecen claras diferencias entre los individuos de los Andes y el piedemonte andino de Venezuela (estados Lara, Zulia, Portuguesa y Barinas), y los de la costa central y oriental de Venezuela. La zona andina de la Venezuela

precolombina es el resultado de una fusión de estilos andinos y mesoamericanos y, por lo tanto, el que exista una conexión con grupos humanos de América Central apoya dicha interpretación clásica del registro arqueológico de esta región. La segunda conclusión a la que llegaron fue que “si bien el cementerio de Las Locas está ubicado en una hipotética región de origen para la expansión culturas de la era cerámica, y la antigüedad de los restos datan de cerca del comienzo de esta era, nuestro análisis aumenta el peso de la evidencia de que esta expansión tuvo un origen más oriental” (Fernandes et al., 2020). Los autores están dando a entender aquí que hay una conexión entre el estilo Dabajuroide y el cementerio de Las Locas a través del estilo Santa Ana. Esto es desarrollado más a fondo en la Información complementaria de Fernandes et al. (2020:14): “El estilo Santa Ana identificado en el sitio Las Locas (para el cual se reportan aquí datos de ADN antiguo) es una expresión temprana de la expansión hacia el Valle de Quíbor (alrededor del 500 AC), que parece estar relacionado con la expansión de la serie Dabajuroide que se extendió hacia el norte, hacia la costa central y luego hacia el oeste hasta el lago de Maracaibo y hacia las islas de Aruba, Bonaire, Curazao y los archipiélagos de Las Aves.”

El estilo Santa Ana es ubicado tentativamente por Cruxent y Rouse (1958) en otros estilos cerámicos al hablar de la serie Tocuyanoide. En su descripción, Rouse y Cruxent destacaron la afinidad con el estilo Tocuyanoide, pero también reconocieron la incisión-puntuación típica del estilo Barrancoide. Situaron el estilo Santa Ana en el período II pero lo extendieron hasta el período V debido a las similitudes que sobrevivieron en el estilo Betijoque. Wagner y Tarble (1975) propusieron que el estilo Santa Ana era mucho más corto que lo propuesto por Cruxent y Rouse (1958) y lo ubicaron en una fecha anterior (período II). También reportaron similitudes entre los estilos Lagunillas y Santa Ana. Es Oliver (1989) quien reporta que el estilo Dabajuroide se originó a partir de la tradición Lagunilloide en la que incluye a Las Locas (Lagunillas, Santa Ana, Las Locas), aun cuando los Caquetíos que propone como componente étnico del estilo cerámico Dabajuroide “sólo pudieron haber provenido de Los Llanos, y en última instancia de un corazón proto-arahuaco.”

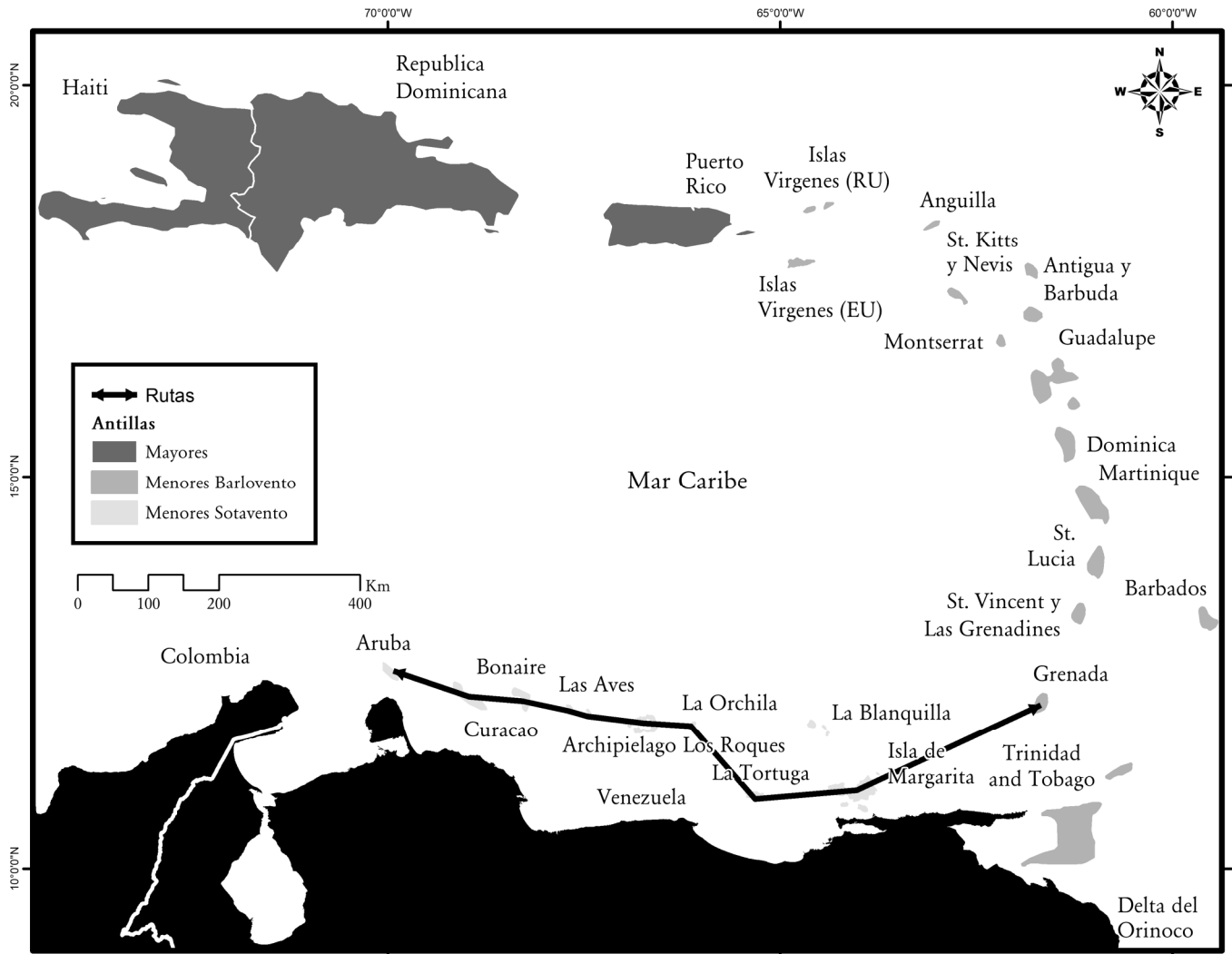


Figura 1. Mapa del Norte de Venezuela y las Antillas. La línea en negro demarca la potencial ruta alternativa a las Antillas Menores desde el centro y oeste de Venezuela, haciendo uso de las Antillas de Sotavento.

Mario Sanoja e Iraida Vargas, quienes excavaron el cementerio de Las Locas en dos fases (1965 y 1981) confirmaron las similitudes entre Las Locas y la Fase Lagunillas creada por Wagner y Tarble (1975), pero la extendieron a la fase Okomo de la Pitía (Sanoja y Vargas, 2007). Finalmente, Toledo (1995) definió la fase Bulevar para darle un contexto funerario al estilo cerámico que se encuentra tanto en los cementerios de Las Locas como Bulevar del área de Quíbor. Esta larga explicación fue necesaria para tratar de reconstruir la conexión entre el sitio de Las Locas y la serie Dabajuroide tal como la describen Fernandes et al. (2020) Ninguna de las referencias citadas por los autores, con la única excepción de José Oliver, vincula la Serie Dabajuroide con el estilo

Santa Ana. En todo caso, los resultados de su análisis genético parecieran contradecir directamente su insistencia en afiliar la serie Dabajuroide con el cementerio de Las Locas. Si los restos óseos de Las Locas tienen una relación con grupos humanos de filiación lingüística Chibcha (Centroamérica), entonces no pueden ser caquetíos, pues estos últimos provienen de un “corazón proto-arahuaco”, parafraseando la conclusión de Oliver (1989); dicho de otro modo, provienen del Amazonas. En todo caso, se necesitaría analizar más muestras de Las Locas para confirmar la filiación centroamericana y desestimar la conexión Dabajuroide.

Si la intención de Fernandes et al. (2020) era la de encontrar filiaciones con el Caribe, pues es difícil que

las encontraran en el piedemonte andino venezolano. Quizás haberse enfocado en un área geográfica más afín al Caribe, como lo es el Orinoco Medio o Bajo, o la costa Centro-Oriental de Venezuela hubiera podido rendir mejores resultados. Existe extenso material óseo originario de la Cuenca del Lago de Valencia y el Orinoco en colecciones del “Yale Peabody Museum y el Peabody Museum of Archaeology & Ethnology” de Harvard (ver Tabla 1). Quizás Fernandes et al. (2020) no sabían de la existencia de estas colecciones o las mismas no estaban disponibles. La extracción de ADN requiere de la destrucción parcial o total de los huesos con el fin de extraer material óseo viable, y algunas veces las políticas de preservación de muchas instituciones son bastante restrictivas. En otros casos, los restos se encuentran en un estado de conservación muy pobre y la extracción de ADN de estas muestras es inviable. Sin embargo, Fernandes et al. (2020) no hacen mención de ninguno de estos problemas en su artículo y por lo tanto debemos asumir que no revisaron estas muestras. Ya para concluir nuestra crítica a Fernandes et al. (2020) la conexión potencial entre Curazao y las Antillas Menores reportada en este estudio es importante porque da credibilidad a una ruta marítima poco discutida en la literatura caribeña: un puente que una las islas ABC (Aruba, Bonaire, Curazao) con Los Roques, La Tortuga, Margarita, posiblemente el Archipiélago de los Testigos y Granada o incluso más arriba (ver Fig. 1). Esto, como Fernandes et al. (2020) afirma en su conclusión, presta cierto apoyo teoría de peldaños de Rouse, en lugar de favorecer la hipótesis de la migración hacia el sur de Fitzpatrick (2013b).

El segundo ejemplo es el de “Origins and genetic legacies of the Caribbean Taíno” escrito por Schroeder et al. (2018). El punto de partida de este trabajo es un diente excavado en Preacher's Cave en la isla de Eleuthera (Bahamas), fechado alrededor de 1082 ± 29 ¹⁴C y AP (cal AD 776–992). El objetivo general del artículo fue el de establecer, a través del análisis de ADN antiguo, el origen de los llamados “Taínos”, el cual es también un término problemático (Curet, 2014), que habitaban las Antillas Mayores y los “Lucayanos” que habitaban las Bahamas. Sin embargo, la primera duda que surge del artículo es por qué usar material genético proveniente de Eleuthera para establecer el origen de

una población o poblaciones cuyo epicentro cultural eran las Antillas Mayores, específicamente La Española y Puerto Rico. El problema radica en que tanto las Bahamas como el oeste de Cuba han arrojado hallazgos problemáticos que no se corresponden con el resto del récord arqueológico en otras partes del Caribe. En el caso de Cuba, se presume que la parte occidental de la isla estaba habitada por grupos humanos arcaicos cuyo origen es incierto; se ha planteado un origen Mesoamericano que aún requiere escrutinio (Lalueza-Fox et al., 2003; Callaghan, 1990; Ulloa Hung y Valcárcel Rojas, 2019). El caso de las Bahamas es similar, con poblaciones humanas cuyo origen es disputado entre Cuba y la Española (Fall et al., 2021). La pregunta entonces es ¿por qué usar muestras restos humanos cuyo origen es disputado o incierto, si la pregunta original que los autores querían responder es el de la proveniencia de los Taínos?

Schroeder et al. (2018) reportan una relación genética entre los Taínos y poblaciones suramericanas existentes de filiación lingüística arahuaca. Sin embargo, debemos recordar que la muestra genética utilizada por los autores proviene de Eleuthera y, por lo tanto, lo que habría que establecer primero es el preciso origen de los Lucayanos. Volviendo al tema de la filiación de los Taínos con poblaciones de la rama lingüística arahuaca originarias de Suramérica, esto es consistente con el récord arqueológico y ya había sido reportado por otros autores (Mendisco et al., 2015). En consecuencia, restos humanos de La Española, el este de Cuba y Puerto Rico, por un lado, y Trinidad, Venezuela e incluso las Guayanas por el otro, habrían sido mucho más relevantes para tratar de clarificar la cuestión del origen de los Taínos.

Como hemos mencionado anteriormente, no todos los grupos cerámicos de las Antillas Mayores pertenecen a un contexto cerámico único, de manera que habría que preguntarnos ¿cuáles Taínos eran los que el estudio de Schroeder et al. (2018) querían identificar? ¿Aquellos relacionados con la primera migración saladoide? ¿Aquellos relacionados con el estilo cerámico Ostionoide? Ya que los autores mencionan que el poblamiento de las Bahamas fue parte de la expansión Ostionoide, el haber comparado la muestra de las Bahamas con el contexto cerámico Ostionoide (700–1200 AC) de

Punta Ostiones, Cabo Rojo, Puerto Rico, hubiera sido de mucha mayor utilidad para establecer el origen o la relación de los Lucayanos de las Bahamas y este último contexto cerámico. Finalmente, existen reportes de modificaciones craneales para algunos restos humanos encontrados en Preacher's Cave en Eleuthera (Carr et al., 2007; Schaffer et al., 2012; Duijvenbode, 2017); este estudio hubiera sido una excelente oportunidad para comparar muestras de aDNA entre restos humanos que comparten esta característica cultural en otras islas del Caribe y en tierra firme, como es el caso de la cuenca del Lago de Valencia, en Venezuela.

El tercer ejemplo es el de Ross et al. (2020) "Faces Divulge the Origins of Caribbean Prehistoric Inhabitants", el cual es ligeramente diferente a los dos anteriores ya que dos de los coautores son reconocidos arqueólogos caribeños, y el estudio se basó en morfología craneofacial. El objetivo del estudio, como en el caso de Schroeder et al. (2018), fue el de identificar a los habitantes de las Bahamas, pero esta vez comparando sus características faciales con los habitantes precolombinos de otras islas del Caribe, específicamente Cuba y La Española. El uso de morfología craneofacial es una adición bienvenida al arsenal de herramientas disponibles para el estudio del pasado a través de la antropología; así que encomendamos el trabajo de los autores en incorporarla a los estudios caribeños. Sin embargo, no entendemos por qué los autores decidieron también incluir en el estudio un análisis de la migración *Caribe* que estaba ocurriendo al momento de la llegada de los europeos a las Américas. Esto último agregó una capa de complejidad innecesaria al estudio, el cual ya de por sí resultaba bastante complejo con el análisis morfológico craneofacial.

Ross et al. (2020) proponen una nueva hipótesis sobre la migración *Caribe* la cual presenta varias líneas de investigación problemáticas. El tema de la migración de etnias de filiación lingüística *Caribe* a las Antillas Menores ya ha sido parcialmente resuelto desde el punto de vista arqueológico; estos grupos han sido relacionados con el estilo cerámico Cayo, el cual, a su vez, está relacionado con la cerámica Koriabo de la costa de las Guayanas (Rostain, 2020; Hofman et al., 2020). Sin embargo, el término *Caribe* per se tiene una connotación de "pueblo o nación" que en efecto nunca existió, al ser estos grupos

bastante heterogéneos. La etiqueta se aplicó de manera indiscriminada a un sinnúmero de etnias, toda vez que fue relacionado de manera irrisoria con la práctica de la antropofagia. Luego se le relacionó con una rama lingüística del Amazonas la cual, para mayor confusión, terminó adoptando el nombre Caribe. El estudio de Ross et al. (2020) fue tan polémico que suscitó una respuesta de otro grupo de arqueólogos de varias filiaciones institucionales (Giovas et al., 2021).

La crítica de Giovas et al. (2021) puede ser resumida de la siguiente manera: el número, la cronología y el contexto de los cráneos examinados por Ross et al. (2020) representan debilidades analíticas fundamentales ya que "los especímenes craneales del grupo isleño determinado requieren estar apropiadamente asociados en tiempo y espacio con los especímenes continentales argumentados como la población originaria". Por otro lado, se requiere también que las muestras estén firmemente asignadas a la cultura material propuesta en base al contexto arqueológico. Según Giovas et al. (2021) el estudio no cumple con ninguno de estos requisitos; por ejemplo, los cuatro individuos de Venezuela analizados por Ross et al. (2020) carecen de información primordial como edad, localización y filiación cultural. Giovas et al. (2021) reportan que no menos de 85% de las muestras analizadas por Ross et al. (2020) carecen de información con respecto a su procedencia geográfica. El segundo problema mencionado por Giovas et al. (2021) es el uso de análisis de grupo (cluster analysis) el cual es comúnmente usado en poblaciones que son biológicamente similares, y que distintos algoritmos podrían resultar en conclusiones disparatadas. Giovas et al. (2021) también mencionan como problemática la afinidad que Ross et al. (2020) le atribuyen a la serie Meillacoide y "la cerámica asociada con la expansión Caribe", la cual parece estar basada en: **1)** una vinculación muy generalizada que Lathrap (1970) otorga al estilo inciso-puntuado y la expansión "Caribe" en las cuencas del Amazonas y Orinoco; y **2)** un estudio de Zucchi (1985a) proponiendo que el estilo Mellacoide en las Antillas Mayores podría ser el resultado de una potencial migración marítima de grupos relacionados con el estilo cerámico Cedeñoide desde el oeste de Venezuela. Finalmente, añadimos a la anterior lista

de deficiencias el hecho de que Ross et al. (2020) hicieron uso de muestras sin modificaciones craneales, lo cual fue justificado argumentando que los puntos de referencia en la región facial no se verían afectados por las modificaciones, lo cual no puede ser del todo descartado.

Ya que Giovas et al. (2021) han hecho una crítica muy específica de la metodología usada por Ross et al. (2020) tanto para el análisis morfológico craneofacial como para la nueva teoría de migración “Caribe”, nos concentraremos en los dos aspectos fundamentales de nuestra crítica general: la falta de información contextual con respecto al uso de restos humanos, y el uso deficiente de las colecciones disponibles en instituciones tanto en Europa como en Estados Unidos. Es curioso que Ross et al. (2020) critiquen el que “los estudios de difusión de poblaciones hacia el Caribe (migraciones) hayan sido puestos de lado hasta hace muy poco debido parcialmente a la escasez de material esquelético disponible, lo cual es el resultado de ambientes desfavorables para la preservación, y por lo tanto nuestro conocimiento de estas migraciones es parcial.” Sin embargo, nuestra breve revisión de las colecciones de restos humanos venezolanos en colecciones en el extranjero, resumidas en la Tabla 1, nos llevan a conclusiones distintas. El abandono que reportan los autores no se debe a la escasez de material esquelético, sino a la desconexión entre escuelas de pensamiento, falta de comunicación entre autores locales y un excesivo arraigo geográfico.

Ross et al. (2020) usaron restos humanos de Venezuela depositados en el Museo Americano de Historia Natural (AMNH), aún cuando hay restos humanos más relevantes provenientes de la región central de Venezuela y del Orinoco que están alojados en el Museo Peabody de Harvard y en el Museo Yale Peabody, las cuales fueron depositados en estas instituciones por Alfred Kidder II e Irving Rouse. La colección del Peabody de Harvard es casi que exclusiva de la cuenca del Lago de Valencia, mientras que la del Peabody de Yale es del Bajo Orinoco recolectada por Irving Rouse y de un contexto cerámico bien específico (Saladoide). La del AMNH es mucho más variada y su procedencia no tan clara. También está el material craneal colectado por Alfredo Jahn que ahora se encuentra en el Museo Etnológico de Berlín (Rangel de Lázaro, 2024). El

Museo del Hombre de París tiene otros 62 artefactos craneales de diferente procedencia dentro de Venezuela (Silva y Soto-Heim, 2002). Debido a la poca información proporcionada por Ross et al. (2020) no sabemos si los restos humanos analizados por estos autores son los colectados por Luis Gerónimo Martínez, José Izquierdo, Helen Hodson o Félix Warburg, los cuales fueron colectados en el Occidente de Venezuela. El material colectado por Rafael Requena (Meneses Pacheco, 2010) en La Mata, Maracay, habría sido el más relevante para el estudio por ser originario del área de Valencia, relacionado con grupos de filiación lingüística Caribe. La Tabla 1 también incluye los restos óseos excavados por Anna Roosevelt en Coroza, cerca de Parmana, de filiación Arauquinoide, alojados en la Universidad de Illinois.

El problema con el estudio de Ross et al. (2020) no es escasez de restos humanos para analizar, al menos no con la línea de investigación propuesta. Es cierto que la escasez de restos humanos es un problema particularmente frecuente con el período Lítico/Arcaico. El tema en cuestión con Ross et al. (2020) parece ser un conocimiento geográfico y etnográfico bastante superficial de Venezuela. Por ejemplo, los autores ubican el origen potencial de la expansión caribeña en el occidente de Venezuela (Ross et al., 2020: fig. 8); lo cual es una suposición basada simplemente en el hecho de que la muestra venezolana en cuestión es de esa zona del país, a pesar de la falta total de “información contextual disponible para las otras muestras de museos de Venezuela, Colombia y Florida” (p. 7, muestras). Una expansión de grupos de filiación lingüística Caribe desde el oeste de Venezuela no tiene ningún respaldo histórico y/o arqueológico hasta el presente, particularmente porque en el momento del contacto, los grupos de filiación lingüística Caribe de la costa venezolana habían encontrado una fuerte oposición en el oeste de Venezuela, donde su expansión había sido detenida por los grupos humanos relacionados con el estilo Dabajuroide (muy probablemente Caquetíos de filiación lingüística arahuaca). Los territorios más occidentales de las tribus de filiación lingüística Caribe se limitaron a la cuenca del lago de Valencia y sus alrededores.

Los autores citan el trabajo de Zucchi (1985a) sobre la Serie Meillacoide para hacer una conexión

entre la cerámica del occidente de Venezuela y la del Caribe. Zucchi plantea una ruta occidental entre la costa Caribe colombiana y la Península de Paraguán que crearía la conexión Cedeñoide-Mellacoide. Sin embargo, creemos que la evidencia arqueológica hasta ahora disponible en el occidente del Venezuela y las Antillas Mayores ofrece muy poco soporte a dicha hipótesis.

Sin embargo, Zucchi publicaría en 1985 otro trabajo titulado “Evidencias arqueológicas sobre grupos de posible lengua Caribe” (Zucchi, 1985b), donde propuso por primera vez lo que este trabajo llama la Hipótesis Zucchi. En este trabajo, Zucchi propone una migración Arauquinoide desde el Orinoco medio hacia el área del Lago de Valencia, haciendo uso extensivo de las conexiones ribereñas entre el Orinoco y los Llanos Occidentales (ríos Apure, Portuguesa, Pao y Paíto), alrededor del año 1000 AD., lo que coincide con el surgimiento de la serie Valencioide en los valles de Aragua, Caracas y Tuy. Desde allí, prosigue Zucchi, avanzarían hacia el este hasta la Península de Paria donde darían lugar al estilo Guayabitoide. Por otro lado, Durbin (1977) encuentra una estrecha afinidad entre el lenguaje Yukpa de filiación Caribe y todas las lenguas de lo que ha clasificado como Caribe Costero (Pariagoto, Chayma, Caraca, etc.), todas extintas. Durbin (1977) propuso un movimiento hacia el oeste desde la zona costera venezolana (que se extiende desde la región del lago Valencia hasta la península de Paria) a través de las llanuras hacia la parte sur de la Sierra de Perijá. Es posible que la migración propuesta por Zucchi se haya ramificado en ambas direcciones desde los Llanos Centrales (ver la sorprendente similitud entre la fig. 5 de Zucchi y el Mapa 2.1 de Durbin) con una rama llegando a la parte sur del Lago de Maracaibo y la otra al Lago de Valencia. También se debe considerar la posibilidad de que el estilo Valencioide no sea la fuente del Arauquinoide en el oriente de Venezuela. El estilo Arauquinoide ha sido dividido en períodos Temprano (Matraquero, Arauquín, Camoruco y Corozal) y Tardío (Guarguapo y Apostadero) (Rostain y Versteeg, 2004), y la expansión del Arauquinoide a Trinidad, Península de Paria y las Guayanas pudo haber ocurrido a partir del bajo Orinoco como parte del período tardío que se desarrolla alrededor de los sitios de Guarguapo y Apostadero. A menos que el estilo Arauquinoide se

haya originado mucho más al sur y al este, específicamente en el estado brasileño de Maranhão, y haya migrado por mar hacia la isla Trinidad y tierras adyacentes, como es la opinión de Navarro (2022).

De haberse enfocado en el segundo trabajo de Zucchi (1985b), el cual tiene mucho más peso desde el punto de vista arqueológico e histórico, Ross et al. (2020) podrían haber propuesto que los Arauquinoide pudieran haberse expandido hacia el Caribe desde una posición más o menos centro-occidental en Venezuela, utilizando el puente marítimo Dabajuroide (es decir, usando las Antillas de Sotavento en vez de la costa de tierra firme), dándole cierta credibilidad a sus conclusiones. Sin embargo, como ya hemos comentado, los grupos de filiación lingüística Caribe que se encontraban en las Antillas Menores al momento del contacto no provenían de Venezuela, tal y como Boomert (1980, 1986) y Rostain (2008, 2020) han demostrado al vincularlos con la cerámica Cayo y, finalmente, con la cerámica Koriabo de las Guayanas. Desafortunadamente, y aunque damos por sentado que desconocemos el criterio utilizado por Ross et al. (2020) para la escogencia de las muestras craneales utilizadas en el estudio, creemos que el mismo podría haberse beneficiado quizás de una colaboración con colegas venezolanos o especialistas en arqueología venezolana, o de una revisión más extensa de la bibliografía arqueológica venezolana.

A modo de corolario de nuestra crítica a Ross et al. (2020) quisiéramos hacer una breve mención sobre el artículo de Giovas et al. (2021). Los autores cierran sus comentarios finales diciendo: “Nuestra crítica es consistente con los resultados de dos estudios del genoma de 93 y 184 individuos precolombinos caribeños y circuncaribeños publicados después del estudio de Ross et al. (2020) los cuales tampoco aportan ningún apoyo a la tesis de una migración *Caribe* a las Antillas Mayores”. Los dos artículos que citan son Fernandes et al. (2020) y Nägele et al. (2020). Mientras que la conclusión Giovas et al. (2021) es correcta en términos generales de acuerdo con la evidencia disponible, los artículos académicos citados para fortalecer su argumento están lejos de reforzarlo. Fernandes et al. (2020) escogieron una muestra completamente irrelevante para el contexto caribeño, como es la del cementerio de Las Locas en Venezuela. Sin embargo, y de

manera accidental, al analizar muestras de filiación Dabajuroide Fernandes et al. terminan mostrando un vínculo entre Curazao y las Antillas Menores de Barlovento, apoyando una ruta potencial marítima alternativa para llegar al norte de las Antillas Menores de Barlovento y Puerto Rico. Siguiendo con este último punto, aunque Nägele et al. (2020) no secuenció ningún material proveniente de restos humanos de Venezuela, ni de ningún grupo potencialmente relacionado con tribus de filiación lingüística Caribe, las muestras LOI001 (Los Indios, Puerto Rico, 620 AP) y ALG001 (Anse à la Gourde, Guadalupe, 1020–620 AP), la misma muestra utilizada por Fernandes et al. (2020) son claramente atípicas de los grupos arcaicos y cerámicos que poblaban las Antillas Mayores a la llegada de Colón. Debido a la datación de LOI001 y ALG001, tales muestras son problemáticas porque en lugar de probar que no hubo intrusiones de grupos de filiación lingüística Caribe en las Antillas Mayores, en realidad dejan la puerta abierta precisamente a eso (ver fig. 2 en Nägele et al., 2020). El vínculo final entre Piapoco y la muestra de Santa Lucía mostrado por Nägele et al. (2020) en su gráfico de mezcla (fig. 3C) sólo tiene sentido en el contexto de la conexión Dabajuroide con Santa Lucía y Guadalupe reportada previamente por Fernandes et al. (2020). La razón por la cual Nägele reporta una conexión Piapoco con Santa Lucía es porque los Piapoco, al ser de filiación lingüística Arahua (Campbell, 1997, 2012), podrían compartir un ancestro común con los Caquetíos, también de filiación lingüística arahuaca (Campbell, 1997, 2012), tentativamente relacionados al estilo Dabajuroide (Oliver, 1989). Nägele et al. (2020) no define ni elabora ninguna teoría con respecto a dicha conexión, y simplemente se limita a concluir con una idea ya establecida: que hubo al menos tres migraciones desde el norte de Suramérica hacia el Caribe (Rouse, 1992). Por último, el hecho de que los autores no mencionen a Venezuela ni una sola vez, a pesar de escribir un artículo sobre el poblamiento del Caribe, es sólo otro ejemplo más de cuán prevalente ha sido el atrincheramiento geográfico que la arqueología caribeña ha venido mostrando en los últimos 30 años.

DIRECCIONES FUTURAS

Es evidente que Venezuela se ha relegado con respecto al trabajo arqueológico en torno al poblamiento y culturas tempranas del Caribe y la historia Amazónica. Las dificultades políticas y económicas de los últimos años pueden haber contribuido significativamente a este resultado, pero luego de veinte años este libro puede ser un cambio de dirección. Como ya hemos argumentado, el atrincheramiento regional y la falta de datos del norte de América del Sur son los mayores responsables de los estudios, en particular, en los estudios de ADN. Tal vez sea hora entonces de que los arqueólogos venezolanos proporcionen dicho contexto, intensificando los esfuerzos de colaboración, la producción académica y en la medida de lo posible volviendo al campo. La pregunta es, luego de un paréntesis de más de veinte años, ¿por dónde empezar? Aquí sugiero unas ideas seguramente sesgadas por mis intereses, pero que espero sean tomadas en cuenta.

En primer lugar, con respecto al horizonte Arauquinoide hay tres líneas de investigación posibles que podrían seguirse, siempre que se identifiquen suficientes restos óseos de diferentes colecciones en Venezuela y el extranjero. La primera línea de investigación es la “Hipótesis Zucchi”, que se puede resumir de la siguiente manera: Punto de partida hacia el norte de Venezuela en Los Llanos; llegada al Lago de Valencia y continuación hacia el este hasta llegar a Paría (ver línea punteada en Fig. 2). Conexión con los estilos Valencioide y Guayabita en Venezuela, y Bontour en Trinidad. El material óseo excavado por Anna Roosevelt en Parmana en la fase Corozal podría ser el punto de partida. Hay mucho material óseo para analizar del lago de Valencia en las colecciones de los museos de Maracay y Valencia, también hemos ubicado restos humanos provenientes del Cafetal, en Caracas, que podrían ser de mucha utilidad para establecer esta ruta. De lo contrario, el Museo Peabody de Arqueología y Etnología (Harvard) alberga material óseo que podría usarse para este propósito. Aún estamos a la espera de localizar y catalogar los restos recuperados por Mario Sanoja e Irida Vargas en sus numerosas excavaciones en el estado Sucre, particularmente en los alrededores de Carúpano. La mayor parte de sus

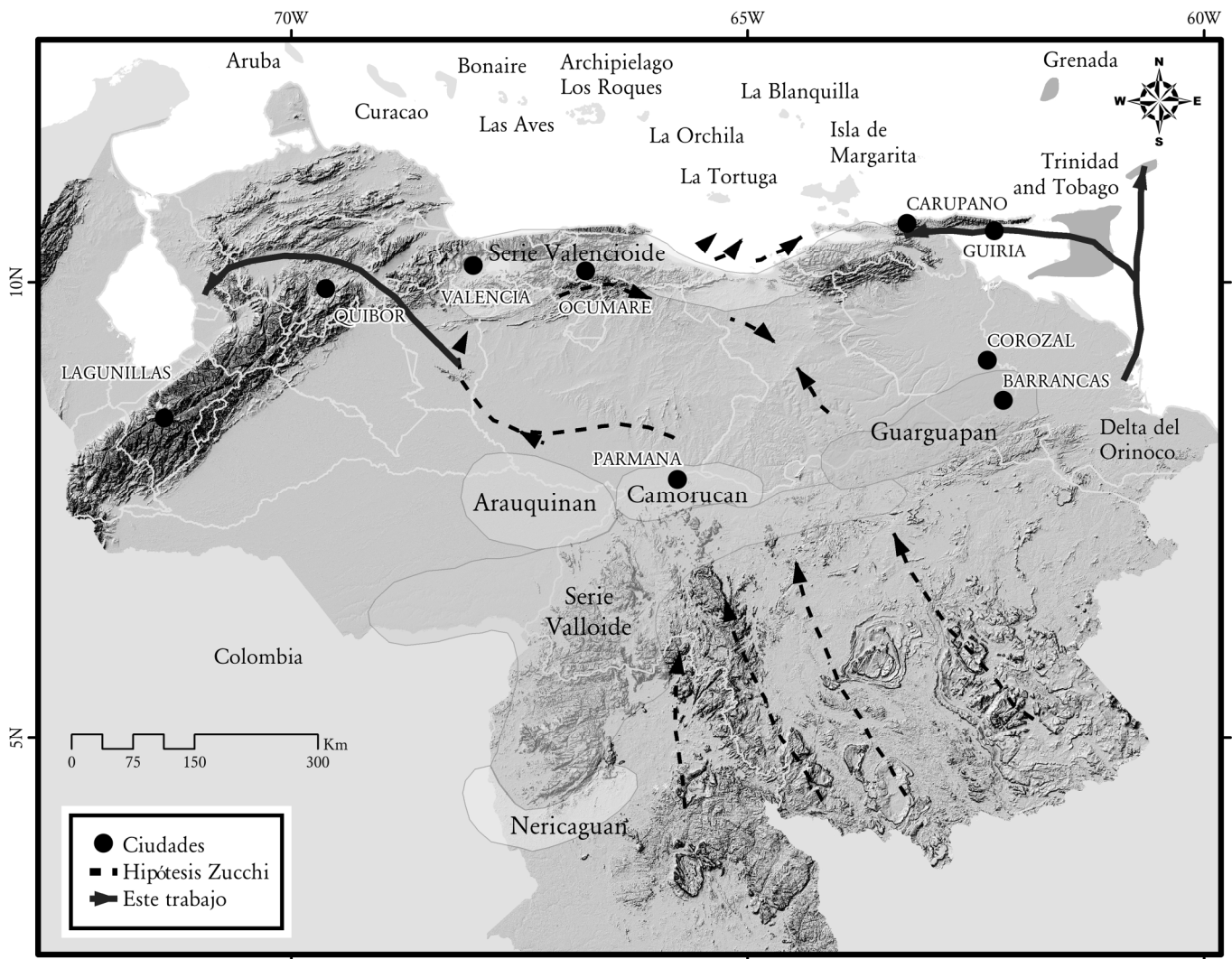


Figura 2. Mapa de Venezuela donde se detalla la potencial ruta de los Arauquinoes desde el Amazonas hacia la cuenca del Río Orinoco. Línea dentada: La hipótesis propuesta por Zucchi (1985a) es que los Arauquinoes partieron desde la confluencia de los ríos Apure y Orinoco hacia el norte, hasta asentarse en la cuenca del Lago de Valencia, desde donde colonizaron el oriente del país, incluyendo la Península de Paria y la Isla de Trinidad. Línea negra: Las adiciones de este trabajo. Del centro de Venezuela los Arauquinoes podrían haberse separado, una rama continuaría hacia el centro del país (Lago de Valencia), mientras que la otra rama continuaría hacia el oeste hasta asentarse en la cuenca del Lago de Maracaibo dando origen a los Yukpa. Los Arauquinoes tardíos del bajo Orinoco, emigrarían hacia el norte, por mar o por tierra, colonizando la Península de Paria, Trinidad y continuarían hacia las Antillas Menores.

materiales fueron depositados en la Universidad Central de Venezuela y ahí es donde esperamos ubicar estos restos humanos. Siempre que obtengamos material del este de Venezuela que pueda secuenciarse, podemos ampliar nuestras investigaciones a la isla Trinidad.

La segunda línea de investigación es una versión extendida de la “Hipótesis Zucchi” que agrega lo siguiente: una bifurcación en algún punto entre los Llanos y la costa en la cual un grupo se desvía hacia

el Lago de Maracaibo mientras que el otro grupo continúa hacia el Lago de Valencia. El primero daría lugar al actual grupo Yukpa, mientras que el brazo del lago Valencia, ahora extinto, no se extendería más allá de Ocumare. Un tercer punto de partida tendría como referencia la fase Arauquinoide tardía del bajo Orinoco, alcanzando la Península de Paria y Trinidad por vía terrestre y/o marítima siguiendo el contorno del Golfo de Paria (ver línea sólida en Fig. 2). La expansión final se asemejaría entonces a un

movimiento de pinza que converge en las Antillas Menores (Islas de Barlovento).

La tercera línea de investigación es la propuesta por Rostain (2008) donde los grupos de filiación Arauquinoide de la confluencia del Río Apure con el Orinoco medio comenzaron a desplazarse en varias direcciones aproximadamente en el 500 AD: desde el Orinoco medio hacia los Llanos Occidentales venezolanos en dirección norte (punto de partida de Zucchi), un segundo que desde el Delta del Orinoco se movería en dirección norte tanto por tierra como siguiendo el contorno de la costa hasta llegar a Paria, Trinidad y las Antillas, y un tercer grupo que seguiría en dirección este hacia las Guayanas.

Ninguna de las hipótesis anteriores nos sirve para establecer el origen de los grupos humanos que modelaron cerámica del estilo Arauquinoide, que claramente no es el Orinoco, sino posiblemente el Macizo Guayanés al norte de la Amazonía. Excavaciones recientes en Brasil (Navarro, 2022), podrían insinuar un punto de partida más al este en el estado de Maranhão. Desgraciadamente, Navarro no ha encontrado restos humanos en las excavaciones de la Baixada Maranhense (Navarro, comunicación personal, 2023). Dado que el estilo Arauquinoide está bien representado en las Guayanas (Rostain y Versteeg, 2004), el análisis de restos humanos excavados en esta región podría resultar esclarecedor.

Finalmente, otra importante línea de investigación es la de la conexión Dabajuroide (¿Caquetío?) con las Antillas Menores reportada tanto por Fernandes et al. (2020) y Nägele et al. (2020). 39 entierros fueron recuperados del sitio de Lavoutte en Santa Lucía por un equipo de la Universidad de Leiden (Hofman y Hoogland, 2010), mientras que los restos humanos de Curazao provienen de dos sitios de filiación Caquetía: De Savaan y Santa Cruz; también se incluyeron en el estudio 4 individuos del sitio de Guadalupe de Anse à la Gourde (Información complementaria Fernandes et al., 2020). Antczak et al. (2017) han comentado sobre la evidencia de algunas tensiones entre grupos de filiación lingüística Arahua y Caribe a lo largo de Las Aves de Sotavento, Las Aves de Barlovento y Los Roques, y parece que tales tensiones pudieron haber puesto fin a la expansión Valencioide (Caribe) hacia el oeste de Venezuela. Sin

embargo, se ha encontrado cerámica Dabajuroide en Los Roques, La Tortuga e Isla de Margarita, lo que quiere decir que los grupos Dabajuroides dominaron las Antillas de Sotavento en un periodo que podría haberse extendido hasta la llegada de los europeos. También es posible que dicho corredor marítimo pudiera haber sido utilizado por otras tribus de filiación lingüística Caribe y que el conocimiento de las Antillas Menores y Mayores no estuviera restringido a grupos Dabajuroides o Caribes exclusivamente (Fig. 1). Esta potencial ruta podría demostrar una alternativa mediante la cual los grupos de la costa se movilizaron en sentido oeste-este haciendo uso de las Antillas de Sotavento para llegar a las Islas de Barlovento.

Todas las líneas de investigación planteadas aquí representan sólo una pequeña parte de lo que puede ser propuesto con el material disponible en colecciones tanto en Venezuela como en el extranjero. Esperamos que las mismas sean de utilidad y que futuros investigadores puedan hacer uso de las diversas colecciones que hemos mencionado para probar en un futuro no muy lejanos otras hipótesis sobre el poblamiento del Caribe.

AGRADECIMIENTOS

Al equipo editorial y revisores anónimos por comentarios, correcciones y sugerencias que ayudaron a mejorar esta contribución.

REFERENCIAS

- Altes CF. 2011. A brief note on currents, current archaeologists, and ancient fiber-tempered pots. *The Florida Anthropologist* 64:113–118.
- Antczak A. 1998. *Late prehistoric economy and society of the islands off the coast of Venezuela: a contextual interpretation of the non-ceramic evidence*. Ph.D. dissertation. University College London, London.
- Antczak A, Urbani B, Antczak MM. 2017. Re-thinking the migration of Cariban-speakers from the middle Orinoco River to north-central Venezuela (AD 800). *The Journal of World Prehistory* 30:131–175.
- Beccario C. 2023. <https://earth.nullschool.net/> Accedido el 05 de Abril de 2023.
- Bérard B, Biar A, 2021. Indigenous navigation in the Caribbean Basin: a historical, ethnoarchaeological and experimental

- approach to the Caribbean-Guyanese kanawa. *Archaeologica* 21:239–244.
- Boomert A. 1980. Hertenrits: an Arauquinoid complex in northwest Suriname. *Journal of the Walter Roth Museum of Archaeology and Anthropology* 3:68–104.
- Boomert A. 1986. The Cayo Complex of St. Vincent: Ethnohistorical and Archaeological aspects of the Island Carib problem. *Antropologica* 66:3–68.
- Burke L, Maidens J. 2004. *Reefs at Risk in the Caribbean*. Washington: World Resources Institute.
- Callaway E. 2018. Divided by DNA: the uneasy relationship between archaeology and ancient genomics. *Nature* 555: 573–576.
- Callaghan RT. 1990. Possible pre-ceramic connections between Central America and the Greater Antilles (65–71 pp). En: Pantel AG, Tekakis I, Vargas Arenas I, et al. (Eds.), *Proceedings of the Eleventh International Congress for Caribbean Archaeology*. San Juan: La Fundación Arqueológica, Antropológica e Histórica de Puerto Rico.
- Callaghan RT. 1999. Computer simulations of ancient voyaging. *The Northern Mariner/Le Marin du Nord* 9:11–22.
- Callaghan RT. 2001. Ceramic age seafaring and interaction potential in the Antilles: a computer simulation. *Current Anthropology* 42:308–313.
- Callaghan RT. 2003. Comments on the mainland origins of the preceramic cultures of the Greater Antilles. *Latin American Antiquity* 14:323–338.
- Campbell L. 1997. *American Indian Languages. The Historical Linguistics of Native America*. Oxford: Oxford University Press.
- Campbell L. 2012. *Classification of the Indigenous Languages of South America*. En: Campbell L, Grondona V. 2012. *The Indigenous Languages of South America: A Comprehensive Guide*. Vol. 2. Berlin/Boston: De Gruyter Mouton.
- Carr RS, Schaffer WC, Pateman MP. 2007. Investigations of Five Lucayan Graves in Preacher's Cave, Eleuthera, Bahamas. *Proceedings of the 22nd Congress of the International Association for Caribbean Archaeology, Jamaica*, 1–14.
- Cruxent JM, Rouse I. 1958. *An Archaeological Chronology of Venezuela. Vol 1*. Washington: Pan American Union.
- Curet A. 2014. The Taíno: phenomena, concepts, and terms. *Ethnohistory* 61(3):468–495.
- Duijvenbode A van. 2017. *Facing society: a study of identity through head shaping practices among the indigenous peoples of the Caribbean in the ceramic age and colonial period*. Ph.D. dissertation. Leiden University, Leiden.
- Duijvenbode A van, Herschensohn O, Morgan M. 2015. A severe case of congenital aural atresia in pre-Columbian Venezuela. *International Journal of Paleopathology* 9:15–19.
- Durbin M. 1977. A Survey of the Carib Language Family (23–38 pp). En: Basso H (Ed.), *Carib-Speaking Indians. Culture, Society, and Language*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Drew R. 2009. From Saladoid to Taíno: human behavior from human remains in the Greater Antilles. *Bulletin of the Peabody Museum of Natural History* 50:167–185.
- Ercilla G, Alonso B, Wynn RB, et al. 2002. Turbidity current sediment waves on irregular slopes: observations from the Orinoco sediment-wave field. *Marine Geology* 192:171–187.
- Falci C, Antczak M, Antczak A, Van Gijn A. 2017. Recontextualizing bodily ornaments from North-Central Venezuela (AD 900–1500): the Alfredo Jahn collection at the Ethnologisches Museum Berlin. *Baessler-Archiv* 64:87–112.
- Fall P, van Hengstum P, Lavold-Foote, et al. 2021. Human arrival and landscape dynamics in the northern Bahamas. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the USA* 118: e2015764118.
- Fernandes DM, Sirak KA, Ringbauer H, et al. 2020. A genetic history of the pre-contact Caribbean. *Nature* 590:103–110.
- Fitzpatrick SM, Kappers M, Giovas C. 2010. The southward route hypothesis: examining Carriacou's chronological position in Antillean prehistory (163–176). En: Fitzpatrick SM, Ross AH (Eds.), *Island shores, distant pasts: archaeological and biological approaches to the Pre-Columbian settlement of the Caribbean*. Gainesville: University Press of Florida.
- Fitzpatrick SM. 2013a. Seafaring capabilities in the Pre-Columbian Caribbean. *Journal of Maritime Archaeology* 8:101–138.
- Fitzpatrick SM. 2013b. The Southward Route Hypothesis (198–204 pp). En: Keegan WF, Hofman CL, Rodríguez Ramos R (Eds.), *The Oxford Handbook of Caribbean Archaeology*. New York: Oxford University Press.
- Fitzpatrick SM. 2015. The Pre-Columbian Caribbean: Colonization, Population Dispersal, and Island Adaptations. *Paleo-America* 1:305–331.
- Giovas C, Fitzpatrick S, Leppard T, et al. 2021. Craniofacial morphology does not support a pre-contact Carib “invasion” of the northern Caribbean. *Scientific Reports* 11: 16995.
- Girvan N. 2001. Reinterpreting the Caribbean (3–23 pp). En: Meeks B, Lindahl F (Eds.), *New Caribbean thought: a reader*. Kingston: The University of West Indies Press.
- Gómez Gaspar A. 1996. Causas de la fertilidad marina en el nororiente de Venezuela. *Intervención* 21:140–146.
- Granberry J. 2013. Indigenous Languages of the Caribbean (61–69 pp). En: Keegan WF, Hofman CL, Rodríguez Ramos R (Eds.), *The Oxford Handbook of Caribbean Archaeology*. New York: Oxford University Press.
- Hanna JA, Giovas CM. 2022. An island landscape IFD: using the ideal free distribution to predict Pre-Columbian settlements from Grenada to St. Vincent, eastern Caribbean. *Environmental Archaeology* 27(4):402–419.
- Hedges SB, Powell R, Henderson RW, et al. 2019. Definition of the Caribbean Islands biogeographic region, with checklist and recommendations for standardized common names of amphibians and reptiles. *Caribbean Herpetology* 67:1–53.
- Hoff B. 1994. Island Carib, an Arawakan language which incorporated a lexical register of Cariban origin, used to address men (161–168 pp). En: Bakker P, Mous M (Eds.), *Mixed Languages. 15 Case Studies in Language Intertwining*. Amsterdam: Institute for functional Research into Language and language use.
- Hofman CL, Hoogland M. 2010. *Interim report on the results of the 2009 (May and June) rescue excavations at the Lavoutte site (cas-en-bas), St. Lucia*. Faculty of Archaeology, Leiden University, St. Lucia Archaeological and History Society.

- Hofman C, Hoogland M, Jacobson K, et al. 2020. Cayo in the Lesser Antilles: A Network of Peoples, Places and Practices in the Late 15th to Early 17th Century (33–54). En: Barreto C, Lima H, Rostain S, et al (Eds.), *Koriabo: from the Caribbean Sea to the Amazon River*. Belém: Museu Paraense Emílio Goeldi.
- Innis H. 1951. *The Bias of Communication*. Toronto: University of Toronto Press.
- Keegan WF, Hofman CL, Rodríguez Ramos R. 2013. Introduction (1–20 pp). En: Keegan WF, Hofman CL, Rodríguez Ramos R (Eds.), *The Oxford Handbook of Caribbean Archaeology*. New York: Oxford University Press.
- Lalueza-Fox C, Gilbert M, Martínez-Fuentes A, et al. 2003. Mitochondrial DNA from Pre-Columbian Ciboneys from Cuba and the prehistoric colonization of the Caribbean. *American Journal of Physical Anthropology* 121:97–108.
- Lathrap D. 1970. *The Upper Amazon*. New York: Praeger Publishers.
- Linares OF. 1981. Subsistence in the Tropics: *Parmana*. Prehistoric Maize and Manioc Subsistence along the Amazon and Orinoco por A. C. Roosevelt (revisión). *Science* 4507:533–535.
- Meggers B. 1971. *Amazonia. Man and Culture in a Counterfeit Paradise*. Chicago: Aldine.
- Meggers B, Evans C. 1983. Lowland South America and the Antilles (287–335 pp). En: Jennings J (Ed.), *Ancient South Americans*. San Francisco: Freeman, W. H. and Company.
- Mendisco F, Pemonge H, Leblay E, Romon T, et al. 2015. Where are the Caribs? Ancient DNA from ceramic period human remains in the Lesser Antilles. *Philosophical Transactions of the Royal Society B* 370: 20130388.
- Meneses Pacheco L, Gordones Rojas G. 2021. *Historia Gráfica de la Arqueología en Venezuela*. Mérida: Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez, Universidad de los Andes, Ediciones Dabánatà.
- Meneses Pacheco L. 2010. La Arqueología Venezolana de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX (21–53 pp). En: Natri J, Menezes Ferreira L (Eds.), *Historias de Arqueología Sudamericana*. Buenos Aires: Fundación de Historia Natural “Félix de Azara”, Universidad Maimónides.
- Nägele K, Posth C, Orbegozo MI, et al. 2020. Genomic Insights into the early peopling of the Caribbean. *Science* 369:456–460.
- Napolitano MF, DiNapoli RJ, Stone JH, et al. 2019. Reevaluating human colonization of the Caribbean using chronometric hygiene and Bayesian modeling. *Science Advances* 5: eaar7806.
- Navarrete R. 2008. The prehistory of Venezuela – not necessarily an intermediate area (429–458 pp). En: Silverman H, Isbell WH (Eds.), *The Handbook of South American Archaeology*. New York: Springer.
- Navarro AG. 2022. Formoso Stilt Village: an incised-punctate/arauquinoid tradition phase in Maranhão, Brazilian Amazon. *Advances in Anthropology* 12:149–168.
- Nieves Colón M, Pestle W, Reynolds A, et al. 2020. Ancient DNA Reconstructs the Genetic Legacies of Precontact Puerto Rico Communities. *Molecular Biology and Evolution* 37(3):611–626.
- Neves EG. 2022. *Sob os tempos do equinócio: Oito mil anos de histórica Amazonia central*. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo.
- Oliver JR. 1989. *The archaeological, linguistic and ethnohistorical evidence for the expansion of Arawakan into Northwestern Venezuela and Northeastern Colombia*. Ph.D. dissertation, University of Illinois, Urbana-Champaign.
- Perreault C. 2019. *The Quality of the Archaeological Record*. Chicago: University of Chicago Press.
- Petersen JB. 1997. Taino, island Carib, and prehistoric amerindians economies in the West Indies: tropical forest adaptations to island environments (118–130 pp). En: Wilson SM (Ed.), *The Indigenous People of the Caribbean*. Gainesville: University Press of Florida.
- Rangel de Lázaro G. 2024. La colección de cráneos precolombinos de Alfredo Jahn digitalizada ciento veinte años después (74–84 pp). En: Sánchez-Villagra MR, Carrillo-Briceño JD, Jaimes A, Arvelo L. (Eds.), *Contribuciones en Venezuela Arqueológica*. Tübingen: Scidinge Hall.
- Roosevelt AC. 1980. *Parmana: Prehistoric Maize and Manioc Subsistence along the Amazon and the Orinoco*. New York: Academic Press.
- Rouse I. 1964. Prehistory of the West Indies. *Science* 144:499–513.
- Rouse I. 1992. *The Tainos: raise and decline of the people who greeted Columbus*. New Haven, Connecticut: Yale University Press.
- Ross AH, Keegan WF, Pateman MP, et al. 2020. Faces divulge the origins of Caribbean prehistoric inhabitants. *Scientific Reports* 10: 147.
- Rostain S, Versteeg AH. 2004. The Arauquinoid tradition in the Guianas (233–250 pp). En: Delpuech A, Hofman CL (Eds.), *Late Ceramic Age Societies in the Eastern Caribbean*. Oxford: Archaeopress.
- Rostain S. 2008. The archaeology of the Guianas: an overview (279–302 pp). En: Silverman H, Isbell WH (Eds.), *The Handbook of South American Archaeology*. New York: Springer.
- Rostain S. 2020. Koriabo Pottery in the Guianas (55–80 pp). En: Barreto C, Lima H, Rostain S, et al (Eds.), *Koriabo: from the Caribbean Sea to the Amazon River*. Belém: Museu Paraense Emílio Goeldi.
- Rueda-Roa DT, Muller-Karger FE. 2013. The southern Caribbean upwelling system: sea surface temperature, wind forcing and chlorophyll concentration patterns. *Deep-Sea Research* 78:102–114.
- Sanoja M. 1965. Venezuelan archaeology looking toward the West Indies. *American Antiquity* 31:232–236.
- Sanoja M, Vargas I. 1974. *Antiguas Formaciones y Modos de Producción Venezolanos*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Sanoja M, Vargas I. 2007. Las Sociedades Formativas del Noroeste de Venezuela y el Orinoco Medio. *International Journal of South American Archaeology* 1:14–23
- Schaffer WC, Carr RS, Day JS, et al. 2012. Lucayan–Taíno burials from Preacher’s cave, Eleuthera, Bahamas. *International Journal of Osteoarchaeology* 22:45–69.
- Schroeder H, Ávila-Arcos M, Anna-Sapfo M, et al. 2015. Genome-wide Ancestry of the 17th-Century enslaved Africans from the Caribbean. *Proceedings of the National Academy of*

- Sciences of the USA* 112(12):3669–3673.
- Schroeder H, Shyam Gopalakrishnan M, Willerslev E. 2018. Origins and Genetic Legacies of the Caribbean Taíno. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the USA* 115: 2341–2346.
- Silva N, Soto-Heim P. 2002. Estudio de los restos óseos procedentes de Venezuela (Colección del Musée de l'Homme, París). *Boletín Antropológico* 20:437–482.
- Slayton ER. 2018. *Seascape Corridors: modelling routes to connect communities across the Caribbean Sea*. Leiden: Sidestone Press.
- Toledo MI. 1995. La cerámica funeraria en el sitio boulevard de Quíbor, Estado Lara, Venezuela. *Boletín Museo Arqueológico de Quíbor* 4:75–112.
- Ulloa Hung J, Valcárcel Rojas R. 2019. Construction and deconstruction of the “Archaic” in Cuba and Hispaniola (163–176 pp). En: Hofman C, Antczak A (Eds.), *Early Settlers of the Insular Caribbean: Dearchaizing the Archaic*. Leiden: Sidestone Press.
- Van Andel TH. 1967. The Orinoco Delta. *Journal of Sedimentary Petrology* 37:297–310.
- Vargas I. 1981. Nuevas evidencias de sitios Saladoides en la Costa Oriental de Venezuela, el sitio de Playa Grande (S9) (57–71 pp). En: *Proceedings of the Ninth International Congress for the Study of the Pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles. Santo Domingo 2–8 August 1981*. Centre de recherche caribes. Montréal: Université de Montréal.
- Wagner E, Tarble K. 1975. Lagunillas: a new archaeological phase for the Lake Maracaibo basin, Venezuela. *Journal of Field Archaeology* 2:105–118.
- Waldron L. 2021. The strings attached. Problems in integrating the study of the ancient Caribbean (79–101 pp). En: Frassani A. (Ed.), *Visual Culture and Indigenous Agency in the Early Americas*. Leiden: Koninklijke Brill NV.
- Wang G, Liu H, Mattioli GS, et al. 2019. CARIB18: A stable geodetic reference frame for geological hazard monitoring in the Caribbean region. *Remote Sensing* 11: 680.
- Wing SR, Wing ES. 2001. Prehistoric fisheries in the Caribbean. *Coral Reefs* 20:1–8.
- Wing ES. 2001. The sustainability of resources used by native Americans on four Caribbean islands. *International Journal of Osteoarchaeology* 11:112–126.
- Whitehead N. 1996. Amazonian archaeology: searching for paradise? A review of recent literature and fieldwork. *Journal of Archaeological Research* 4:241–263.
- Zucchi A. 1985a. La serie Meillacoide y sus relaciones con la cuenca del Orinoco (272–286 pp). En: *Proceedings of the International Association for Caribbean Archaeology 11th Congress*. Fundacion Arqueologica, Anthropologica, e Historica de Puerto Rico.
- Zucchi A. 1985b. Evidencias arqueológicas sobre grupos de posible lengua Caribe. *Antropologica* 63–64:23–44.
- Zucchi A, Gassón R. 2002. Elementos para una interpretación alternativa de los circuitos de intercambio indígenas en los Llanos de Venezuela y Colombia durante los siglos XVI–XVIII. *Arqueología del Área Intermedia* 4:46–65.